

*La voz
empedrada*

Patricia Sánchez-Cutillas



Ediciones Corona Borealis

LA VOZ EMPEDRADA - Patricia Sánchez-Cutillas

© 2015, Patricia Sánchez-Cutillas

© 2015, Ediciones Corona Borealis

Pasaje Esperanto, 1

29007 - Málaga

Tel. 951 088 874

www.coronaborealis.es

Imagen de portada: William Blake, *The Temptation and Fall of Eve*

Maquetación y diseño editorial: Georgia Delena

Diseño de cubiertas: Sara García

www.maquetacionlibros.com

Primera edición: Junio 2015

ISBN: 978-84-15465-75-1

Depósito Legal: MA 783-2015

Distribuidores: <http://www.coronaborealis.es/?url=librerias.php>

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Printed in Spain - Impreso en España



*A mi padre,
la primera persona que me llamó escritora.*

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA
MIREIA OPACA
INTENSIVO DE VERANO

- Curso vespertino
- HORARIO: lunes, martes, miércoles y jueves de 19.30 a 21.30.
- DURACIÓN: desde el martes 1 de julio hasta el jueves 31 de julio de 2003.
- DIRECTORA: Mireia Opaca.

PROGRAMA:

- El manuscrito encontrado. Fingir que existe otro autor.
- El relato corto. Restar.
- La novela policíaca. ¿Siempre hay un culpable?
- La novela negra. Los cómplices que nunca son castigados.
- Los narradores. Cuando caducan los grandes dioses.
- El universo numérico de Pitágoras. Crear personajes con los perfiles psicológicos de otro autor.
- Los cuentos de hadas. La figura de Barba Azul, el maltratador.
- El tiempo. El gran engaño.

- REQUISITO ÚNICO: el deseo de escribir.
- METODOLOGÍA: parte teórica y práctica. Se proporciona a los alumnos/as las herramientas para que trabajen en clase.

¡ANÍMATE!



Si quieres matar al juez González Resadas, tendrás que dejar pronto al niño en la guardería alrededor de las nueve y media de la mañana. El juez toma café todos los miércoles a las diez en punto en un bar de la plaza de Castilla junto a la boca de Metro. Sabes que no hay transporte mejor en Madrid que el público, sobre todo cuando se tiene que asesinar a alguien. Coges el azucarillo y lo introduces en el bolso. Tienes que sacar al niño del triciclo y ponerle la camiseta. Se resiste, como todas las mañanas, y te enfadas. Aún así a las nueve y media en punto el niño ya está en la guardería.

La línea azul siempre te ha parecido triste. Sobre todo a partir de Cuatro Caminos, cuando la muchedumbre de pasajeros se depura y solo quedan entre los oficinistas algunos delincentes misérrimos que se dirigen a los juicios.

Esperas un poco a unos metros de la cafetería, junto al quiosco de la ONCE. Enseguida lo divisas, acompañado, como

no, de una veinteañera con mechadas embutidas en un traje de chaqueta, y se meten en el local. Entramos. La cafetería está llena de gente, hace calor y se oye bullicio. Ves cómo la frente mezuquina del juez navega sobre las cabezas, más que por alta por erguida, y llega en pocas brazadas a la barra. Allí se abre sitio y su acompañante se coloca a su izquierda. Tú también te haces sitio en la barra y te colocas a la derecha de la pareja. Te apresuras para que te den antes que a ellos un café con leche, que enseguida te ponen sobre la barra. El juez pregunta algo a la chica y, obviamente, es él quien habla con el camarero. Al cabo de un minuto les han puesto sobre la vitrina dos tazas, una con café con leche y otra, la de él, de café solo. *Café amargo*, piensas, *como tus sentencias*. Él te da la espalda para hablar o impresionar a su acompañante. Le cambias su azucarillo por el que acabas de sacar del bolso. Él no se da ni cuenta, tan entretenido está en escucharse a sí mismo. Pasa la taza correspondiente a la joven sin dejar de hablar. Luego coge su café, rasga el papel del sobre y vierte su contenido. Tú decides en ese momento que, a pesar de todo, disfrutarás del desayuno. La ola de calor de estos días no justifica el uso de tus guantes blancos. Pero la elegancia de tu conjunto verde de loewe, un tanto extravagante, los hace posibles. Cuando ves que el juez tira el azucarillo vacío a la papelera, te agachas para cogerlo y metértelo rápidamente en el bolso. Aprovechas que lo tienes abierto para guardar tu taza y tu cuchara en la bolsa de plástico que guardas dentro. El camarero no se ha dado cuenta. El juez empieza a beber su desayuno. Ves cómo lo apura en casi un único trago, sonrías y te diriges a la salida. El tumulto no

parece reparar la atención en ti. De repente alguien chilla. Te vuelves y miras hacia la barra. La frente mezquina del juez ya no está y la veinteañera mira, asustada, al suelo. Los parroquianos pierden de repente la alegría y se oye el rumor de una sola pregunta entre los distintos grupos: *¿Qué ha pasado?* Tú, desde la puerta, sonrías y te diriges al Metro. Si te das prisa, podrás hacer la compra.

—El relato corto es restar —miré a todos lo que me escuchaban—. Concebir una sola idea y ejecutarla. No tenéis que desparramaros con las descripciones ni ahondar en vuestros sentimientos. Eso hay que suprimirlo. Como decía Pardo Bazán, el relato es un dardo que va directamente a la diana.

Los alumnos seguían silenciosos mientras tomaban apuntes. Solo llevaban un par de clases del intensivo de verano y aún no se atrevían a opinar.

—Es como la vida. Todos tenemos que restar. Quien ha venido a Madrid ha restado su vida en otra ciudad u otro pueblo; quien ha venido a esta clase ha restado la de aeróbic u horas muertas de televisión. Cuando elegimos, restamos.

Paco hojeó las fotocopias y comentó:

—Yo pensé que los relatos eran más espontáneos, no tan técnicos.

Enseguida todos le apoyaron. Todos los años me hacían el mismo comentario.

—Borges es arte, pero también técnica. Os aseguro que de cada palabra que pone hay que sospechar, tiene un fin. Y ese fin es la doble historia. Todo buen cuento tiene dos historias. No solo se concentra sino que se duplica. Fijaos en este argumento: Loewenthal estafa a la fábrica, o por lo menos eso creen al principio los lectores; logra que no le acusen a él sino a Emanuel Zunz. Este, condenado y arruinado, se cambia el nombre y se suicida en la habitación de una pensión. Alguien se lo comunica por medio de una carta a su hija Emma, que es una obrera de la fábrica. Esta planea una venganza. No puede limpiar el nombre de su padre, no tiene dinero, ni medios, ni conocimiento. Lo que hace es encontrarse a solas con Loewenthal, matarlo y decir que la ha violado y que lo mató en defensa propia. Unas horas antes ha perdido la virginidad con un marinero que le repugna. Cuando llega el juicio habla con asco y con rabia de esa “violación”. Según Borges, *verdadero era el tono, verdadero el odio. Verdadero también era el ultraje que había padecido; solo eran falsas las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios*. Se acusa injustamente a alguien. Primero al padre de Emma por una estafa que no cometió. Pierde el honor y la vida. Luego Loewenthal, que es culpable de la estafa pero inocente de la violación, pierde el honor y la vida. La duplicación es la clave.

Todos enmudecieron y solo se oyó el chisporroteo de la vela. Estaban llenos de dudas pero ninguno se atrevía a preguntarme. Quizá la clase fuera demasiado técnica.

—Es como la vida. Solo entiendes lo que te pasa cuando ya estás al final de un ciclo. Es cuando entiendes que te has duplicado porque en realidad te han ocurrido las mismas

cosas que en el pasado, o has cometido con distintas variantes el mismo error, o conoces a gente que le está pasando lo mismo que a ti.

—Sí —la voz de Paco me interrumpió— en el relato les ocurre lo mismo a los dos. Pero el padre de Emma está limpio y muere pringado porque le han jodido bien. Loewenthal es un cabrón, pero un cabrón espabilado. Logra que acusen del robo al padre de Emma, le echa el muerto. Antes de morir, le va bien, está integrado. Se queda con la pasta y además, lo ascienden a gerente de la fábrica. Es lo que ocurre normalmente. Se coge al pringado, pero al delincuente de chaqueta y corbata, al elegante nunca le condenan.

Alguien empezó a comentar algo sobre los políticos.

—No empecemos que se nos va la clase. Tenéis que escribir un relato basado en la suplantación de un hecho, de un nombre o de una circunstancia.

—¿Mireia Opaca? Venimos a hacerle unas preguntas.

Estaban los dos bajo el dintel de la puerta vestiditos igual. El que llevaba la voz cantante era más alto que su compañero. Afortunadamente los alumnos aún no habían llegado.

Me levanté. No por respeto sino por estar en igualdad de condiciones.

—Quiero advertirles que ahora estoy sola y les atiende. Pero que no quiero que vuelvan jamás a mi lugar de trabajo

—ambos permanecieron callados. Noté que les dio rabia mi comentario pero se lo tragaron—. La próxima vez me llaman y acudo yo a comisaría. Con mi abogada, por supuesto.

Ya después de la delimitación del terreno, les invité a sentarse. Me chocó verlos con sus uniformes y sus pistolas sentados a la mesa larga donde los alumnos escribían los cuentos. El alto comentó:

—¿Sabe? El juez García Resadas ha sido asesinado.

Puse cara de sorpresa.

—No caigo ahora quién es.

—Lo conoce muy bien. Es el personaje de uno de sus libros.

—¿Y vienen a contarme que han asesinado a uno de mis personajes?

El que llevaba la voz cantante elevó el tono.

—¿Con quién estuvo ayer miércoles a las once de la mañana?

—Estuve dando vueltas con mi hijo por el barrio de Entrevías.

—Vamos a ver, usted tiene un libro, *La voz empedrada*, donde la protagonista dirige talleres de escritura como usted.

—Sí, aunque tiene otro nombre, se llama Minerva y tiene ocho años menos que yo cuando lo escribí.

—Y esa mujer...

—Esa mujer no, ese personaje.

—Ese personaje, después de separarse por malos tratos se dedica a matar a jueces, policías y altos cargos de la iglesia que, según ella, son cómplices de la violencia doméstica.

—De la violencia doméstica, no. De la violencia sexista. Sí, en mi libro critico a los individuos que son cómplices del maltrato.

—El problema es que usted metió sentencias reales como la del violador no condenado porque la víctima llevaba minifalda, o la del padre que viola a su hija de cuatro años y no le condenan porque la niña ha quedado normal.

—Y la del exmarido que se acerca con un hacha para matar a su exmujer y el juez lo absuelve porque lo hizo por amor. Y, y, y muchos más casos que mi protagonista mata.

Nos quedamos los tres mirándonos.

—¿Y? —pregunté.

—Verá, son ya muchas las coincidencias. Ya han matado a dos de los jueces nombrados en su libro.

—¿Y?

Seguían en silencio. El póster de Einstein me miraba desde la pared con expresión de paciencia y de humanidad. *La imaginación es más importante que el conocimiento*, se podía leer bajo su foto.

—Los escritores no pueden excusarse por los crímenes sobre el papel. Yo escribo y allí queda, impreso en el libro. No tengo más responsabilidad que esa. Tengo menos responsabilidad que un juez que absuelve o un político que otorga con su pasividad. Yo ayer a las once estaba por el barrio de Entrevías. Yo no puedo duplicarme.

—¿Tiene idea de quién puede haber sido?

—¿Yo?

—¿Conoce a alguna persona que tenga fijación con sus obras o con su persona?

—Sí, mi exmarido.

—Hablo en serio.

—Yo también. Por joderme es capaz de todo.

—¿No tiene ningún fan? ¿Alguien que se cartee con usted, que quiera imitar su estilo de vida, su peinado, su forma de vestir?

—Eso le ocurre a las estrellas de rock y a los actores. A los escritores no, a menos que estemos ya muertos y la mayoría de las veces ni eso.

—Usted ya ha tenido problemas con sus obras, ¿verdad?

—No, los tuve con mi exmarido que se cebó con mis obras, que es distinto. Manipuló un libro mío para demostrar que yo estaba loca y pedir la custodia. Lo condenaron. Luego volvió a pedir la custodia porque decía que me gustaba el esoterismo. Me juzgaron primero por escritora y luego por bruja. Pero yo pasé los peritajes psicológicos, él no. En mi caso se hizo justicia. No estoy tan rabiosa ni tan loca. Algunos jueces hacen justicia. Y a los que no la hacen, los mato sobre el papel, con eso me basta. Ni tuve problemas con mis obras ni los tuve con la policía —miré al más alto directamente a los ojos—. Pero la policía los tuvo conmigo.

Sonreí. Al más alto se le agrió el rostro.

Ya los tenía educados. Durante el tiempo que duró el maltrato y el proceso judicial, el abogado de mi exmarido tenía un policía de la comisaría de Leganitos a su servicio. Aprovecharon el vacío legal que había. Se “dedicaron” en sus horas muertas a venir al taller para asustarme a los alumnos. Cuando yo estaba dando clase, aparecía cada dos por tres una pareja de policías con cualquier excusa. Algunos alumnos no volvieron más por el taller. Perdí mucho dinero y prestigio profesional. Todo lo que hicieron aunque anómalo, era legal. Pero me estaban provocando. Lo que quería mi exmarido y su abogado era que yo apareciera muy indignada en comisaría, hiciera el número, me tacharan entre todos de loca y así quitarme la custodia y alegar que, como yo era tan histérica, me había inventado el maltrato. Me tuve que contener y cuando terminó el proceso de guardia y custodia, los llevé a juicio y se descubrió que ese policía de Leganitos había hecho lo mismo con todas las exmujeres de los clientes de ese abogado: despojarles de su puesto de trabajo, ponerlas nerviosas y a un par de ellas incluso quitarles la custodia. Una cosa es que una mujer en solitario denunciara a la policía. Para los jueces eso era ser histérica. Otra cosa es que lo hiciera un grupo de mujeres. Ya se lo tuvieron que tomar más en serio, no les quedó más remedio. Al final, milagrosamente, ganamos el juicio. Dos de las mujeres seguían en el paro, pero algo recuperaron con la indemnización. Las otras recuperaron la custodia. Al policía no le ocurrió mucho para el daño que había hecho: lo destituyeron de su cargo. Al letrado mafioso lo expedientaron en el colegio de abogados. Pero el cuerpo de policía tuvo